

en España, y un acontecimiento tan dichoso, pareció á los amigos de Colon la ocasion mas propicia para recordar á la reina los proyectos del navegante genovés. Aquellos dos hombres se fundaban en que la prosperidad prepara el corazon humano á los nobles pensamientos y le anima á la ejecucion de empresas grandiosas. Quintanilla y Santo Angelo se expresaron con tanto calor y entusiasmo acerca de los proyectos de Colon, y defendieron tan bien su causa, que la reina y su esposo no opusieron mas resistencia. • Un mensajero fué enviado para alcanzar á Colon, que ya habia partido, y su regreso fué un triunfo. Esperado con impaciencia por Fernando y su esposa, les presentó las condiciones de la expedicion que iba á intentar: fueron inmediatamente aceptadas, y Colon se preparó á la ejecucion de su empresa..

En fin, ya tiene en sus manos el acta, ó mas bien el tratado revestido de las firmas de Fernando y de Isabel. Este tratado le confiere el vireinato de todas las comarcas que pueda descubrir, garantizando para siempre la trasmision de esta dignidad á sus descendientes: además le asegura, tanto á él como á toda su posteridad, un décimo del producto anual de las tierras descubiertas.

## L.

*Singular cláusula del tratado.—Preparativos de la expedicion en el puerto de Palos.—Alonso Pinzon.—Gastos del armamento.—Composicion de la escuadra.—Efectivo.—El 3 de agosto de 1492.—Partida.—El timon roto.—Terrores supersticiosos de los compañeros de Colon.—El almirante los tranquiliza.—Llegada á las islas Canarias.—6 de setiembre de 1492.—Escenas de desesperacion.—Declinacion de la brújula.—Los vientos alisios.—Síntomas de desaliento.—Explicacion del almirante.—Una rebelion á bordo.—Valor y serenidad de Colon.—Amenazas de muerte.—Convenio entre Colon y sus compañeros.—Tierra! tierra!—El Te-Deum.—Arrepentimiento y perdón.*

ISABEL en calidad de reina de Castilla, quiso encargarse sola de los gastos de la expedicion (1); aunque estipulando, que únicamente sus súbditos

[1] Para éste empeño sus mismas joyas á Luis de Santo Anjel, escribano de raciones, el que aprontó sobre las alhajas mas de 16000 ducados.—[Nota del traductor.]

castellanos podrian establecerse en los países descubiertos, y que los extranjeros no tendrian derecho mas que á una permanencia muy limitada. Mientras vivió aquella princesa tuvo buen cuidado del estricto cumplimiento de esta cláusula, á la que tuvieron que someterse hasta los mismos súbditos de su esposo Fernando, y si hubo excepciones, fueron muy raras.

• La corte dió órdenes para el pronto armamento de la expedicion; pero Colon tuvo que luchar todavía con largos retardos y dificultades de mas de un género. Lo era preciso ante todas cosas desvanecer los terrores de los hombres que habian de tomar parte en la expedicion, cuyo objeto, tan vago y remoto, asustaba aun á los marinos mas experimentados. En fin, tres buques fueron equipados en el puerto de Palos, pequeña poblacion marítima de Andalucía. Tal vez Colon no hubiera podido vencer los obstáculos que se oponian á su partida, sin la actividad y los esfuerzos personales de Martin Alonso Pinzon, hábil y rico navegante de Palos, que lo mismo que su hermano (1) se habia asociado á la suerte de Colon. • Estos dos hermanos con sus exhortacio-

---

[1] *Habia además otro hermano llamado Francisco Martin, el mas joven de los Pinzones, que fué de piloto en la carabela Pinta.*—(Nota del traductor.)

nes determinaron á un cierto número de vecinos de Palos á que les acompañasen. Martin adelantó además á Colon una suma considerable, para completar los gastos del armamento de la expedicion, pues pronto echó de ver que los socorros pedidos al gobierno español no bastaban para costearla. Por otra parte, si no hubiera economizado así sus pedidos, tal vez la corte de España hubiera temido demasiados gastos y entorpecido de nuevo al navegante. Colon se condujo con tal prudencia, que todos los gastos del armamento no pasaron de veinticuatro mil rixdalers, que representan cerca de trescientos sesenta mil reales de España; suma que aun pareció excesiva á la corte, por lo que Colon para que no se renunciara á la empresa, se comprometió á aprontar la octava parte de los gastos, bajo la condicion de ser indemnizado con un octavo del producto del viaje.

• Colon habia pedido tres buques pequeños: de los que le dieron, dos eran embarcaciones ligeras; unas especies de carabelas ó grandes barcas, como las que se han empleado despues para hacer el cabotaje en las costas ó á la entrada de los rios. Estas embarcaciones no tenian puentes y únicamente su popa y su proa estaban muy elevadas. Por lo demás, Colon habia juzgado que la pequenez de estos navios era una ventaja para él, pues le facilitaria durante el viaje la navegacion cerca de las costas, ó la entrada en las bahías y rios poco profundos. Así, cuando en su tercer viaje costeó los bordes del

golfo de Paria, se quejó del grandor de su embarcación, á pesar de que ésta que hacia de navío almirante, no alcanzaba el porte de cien toneladas: se llamaba *la Santa María*, la segunda *la Pinta* y la tercera *la Niña*. El equipaje de esta reducida escuadra, provista de víveres para un año, presentaba un efectivo de cerca de noventa hombres.

Ya todos los preparativos están terminados, y las embarcaciones están en la rada de Palos. Colon implora á la Providencia, invocando las bendiciones del cielo para su empresa, y despues de haber cumplido este religioso deber, da la señal de la partida. Se hizo á la vela el 3 de agosto de 1492, alejándose entre estrepitosas aclamaciones de una inmensa muchedumbre que le sigue con la vista y le acompaña con sus esperanzas.

Fiel á su plan, Colon se dirigió hácia las Canarias. Al otro dia de su partida, un accidente de poca importancia pudiera haber comprometido el resultado de la empresa, si él hubiera participado de la pusilanimidad supersticiosa de sus compañeros. Rompióse el timon de *la Pinta*, y aun se creyó que esto sucediese por cálculo del piloto, que asustado con los riesgos de la empresa, esperaba obligar á Colon que diese la vuelta á la costa de España. En efecto, á vista del timon roto, el equipaje de *la Pinta* lanzó un grito de desesperacion, y viendo en este accidente el mas funesto presagio, rodeó á Colon diciéndole:

—Somos perdidos si no retrocedemos al instante:  
A España! A España!

—Qué motivo os obliga, les preguntó Colon, á expresaros así? Compañeros, ¿qué se ha hecho vuestro valor?

—Y qué! contestaban, el cielo no ha cuidado de advertirnos la suerte que nos espera y las desgracias que nos amenazan, si queremos continuar un viaje de tan peligrosa temeridad!

—Cómo! replicó Colon, ¿un accidente tan comun en el mar pudo ser considerado como un aviso de Dios, como un pronóstico de infortunios y de peligros? ¿Sabeis, amigos míos, lo que significa un timon roto. Significa que es preciso componerle; á la obra pues, y dentro de algunas horas *la Pinta* podrá arrostrar todos los vientos y hacer frente á todas las tempestades.

—Nuestro almirante, decian entre sí los marineros en voz baja, es un hombre de buen temple. Poca mella le pueden hacer los presagios, puesto que no cree en ellos.

Las pocas palabras pronunciadas por Colon, su sangre fria y su calma habian vuelto la confianza al equipaje de *la Pinta*. Todos los hombres que le componian pusieron manos á la obra y el timon volvió en breve á su estado primitivo; pero el almirante comprendiendo cuán importante le era prevenir los efectos de aquellos terrores supersticiosos y preparar á sus compañeros contra la repetición de accidentes como el que habia introducido el desorden á bordo de *la Pinta*, hizo todos sus esfuerzos para ilustrar, para instruir aquellos espíritus crédulos pro-

bándoles que la razon rechazaba, repugnaba como una necesidad la interpretacion de cada accidente como un presagio del porvenir.

—Ocultando á los ojos del hombre su destino futuro, decia él, Dios le ha dado una prueba palpable de su bondad y su sabiduría. Es por consiguiente una locura la pretension de leer el porvenir en ciertos signos, y atribuirles una influencia que nunca pueden tener. El hombre sábio y sinceramente piadoso no se inquieta mas que por el exacto cumplimiento de sus deberes: espera con serenidad y resignacion los decretos de la Providencia; mas nunca intenta prejuizarlos. Así pues, camaradas, que no se vuelva mas á dar entrada á esos vanos terrores, á esos presentimientos siniestros, hijos de la credulidad y del miedo. Españoles, acordáos de que vuestra patria os ha confiado una grande empresa, mostraos dignos de llevarla á cabo.

Los compañeros de Colon, sosegados con estas exhortaciones, continuaron su camino y llegaron á las islas Canarias, donde anclaron. Despues de algunas composturas que exigia el estado de los buques, la escuadra se lanzó el 6 de setiembre á el vasto mar occidental, donde ningun navío se habia atrevido hasta entonces á desplegar sus velas.

La escuadra sorprendida por una calma, anduvo poco el primer dia; el segunno, ó el tercero segun otros historiadores, perdió de vista las Canarias, y entonces los compañeros de Colon volvieron á su abatimiento. Parecia que solo entonces apreciaban el

motivo de su viaje, y espantados de la audacia de su empresa, manifestaban su disgusto y su temor con lágrimas, sollozos y señales de desesperacion, como si ya tocasen al término de su existencia, como si Colon los condujese á la muerte. Semejante á una roca combatida por las olas bramadoras sin ser conmovida, Colon opone su serenidad, su calma y su convencimiento al desaliento general, y el contraste de esta heróica firmeza con las lamentaciones de los que le rodean les hace avergonzarse de su flaqueza. Les habla de sus esperanzas, de su fe en el resultado de la expedición, y consigue hacerles partícipes de su convencimiento; les muestra en perspectiva los tesoros y la gloria que le esperan. ¿Se atreverian á volver á España donde no encontrarían mas que oprobio y verguenza por premio de su pusilanimidad? Todos responden que están prontos á seguir á su jefe, á desafiar con él los peligros, y á participar con él del honor de una empresa cuyo triunfo les parece seguro.

Despues de esta victoria conseguida sobre el miedo, Colon se preparó á sostener otros combates, porque preveía que sus compañeros pondrian mas de una vez á prueba su constancia y no tardarian en recaer en su abatimiento y desesperacion. Desde entonces apenas se apartó de la cubierta de su nave, y allí, de pié derecho, teniendo ya la sonda, ya el instrumento necesario para las observaciones astronómicas, examinaba á que grados de longitud y latitud se encontraba la flotilla. Apenas descen-

saba algunos ratos, porque sabía que el éxito de la empresa dependía de su asidua vigilancia y que todo era perdido si su energía y su actividad se desmentían en solo instante.

Antes de proseguir nuestra relación, debemos dar algunas explicaciones acerca de los nombres de longitud y latitud que se podrán encontrar con frecuencia en esta obra. Nadie ignora que la tierra es redonda como una bola; á pesar de que presenta en su superficie muchas desigualdades. Hay en esta tierra dos puntos colocados uno en frente de otro, y al rededor de los cuales verifica su movimiento continuo de rotación: estos puntos se llaman polos de la tierra. El mas elevado tiene perpendicularmente encima de sí una estrella que se llama setentrional, por lo que este punto se llama polo setentrional; el otro es el polo meridional.

En medio de la bola figurada por la esfera geográfica, se ha trazado una línea ó un círculo que la divide en dos partes iguales: esta línea no existe realmente, pero ha sido imaginada por la ciencia y se llama ecuador, porque con su ayuda, la tierra se halla dividida en dos partes iguales, y porque los días son iguales á las noches cuando el sol se halla perpendicular sobre esta círculo. Se llama longitud de la tierra el espacio que al rededor de ella marca esta línea.

En cuanto á la latitud de la tierra, se halla trazada en la esfera por líneas tiradas desde el polo setentrional al meridional, y que se llaman meri-

dianos, porque es mediodía al mismo tiempo en todos los sitios por encima de los cuales pasa un mismo meridiano, cuando el sol se halla enfrente de esta línea.

Se divide el ecuador y los meridianos en grados, cada uno de los cuales marca un espacio de unas diez y siete leguas y media. El ecuador contiene trescientos sesenta de estos grados y hay ciento ochenta en un meridiano desde uno á otro polo. Así, decir que tal sitio está al grado trescientos treinta de longitud, es lo mismo que decir, que contando los grados del ecuador desde este sitio, caminando siempre al Oeste al rededor de la tierra hasta el primer meridiano, hay trescientos treinta grados. Decir que este mismo punto está á los ocho grados de latitud, es indicar que hay ocho, contando los grados del primer meridiano desde el ecuador hasta el sitio designado. Cuando se trata de la latitud de la tierra encima del ecuador y hácia el polo setentrional, se llama latitud setentrional para distinguirla de la que se halla debajo del Ecuador hácia el polo meridional y se llama latitud meridional.

Al otro día de su salida de las islas Canarias Colón contrariado por el viento no había avanzado mas de diez y ocho leguas; pero presumiendo que sus compañeros se asustarían solo con lo largo del camino, juzgó que debía engañarlos acerca del que andaban cada día; así les anunció que solo se hallaban á quince leguas de las Canarias.

El 12 de setiembre, que era el sexto día de su navegación, se hallaban á los 350 grados de longitud de la isla de Hierro, una de las Canarias, ó lo que es lo mismo, á ciento cincuenta millas de este punto hácia el Occidente y en el mismo grado de su latitud setentrional. En este día, los marineros vieron el tronco del árbol muy grande que parecia haber andado por mucho tiempo errante sobre las aguas, y este encuentro les hizo esperar que pronto encontrarían tierras. Esta ilusion duró poco: habrían avanzado como cincuenta leguas mas lejos, cuando un fenómeno vino á introducir de nuevo entre ellos la inquietud y la consternacion. Colon mismo no fué dueño de disimular la sorpresa que le causaba.

Se sabe que la aguja tocada al iman es el guia mas seguro de los navegantes: gracias á la propiedad que tienen de dirigir su punta hácia el Norte pueden reconocer la noche y el día, los cuatro puntos cardinales y guiarse en su marcha. Sin este guia, que hasta entonces habia sido fiel, el hombre que hubiese intentado un viaje tan largo en un mar todavía desconocido, hubiera merecido con justicia reconvenções por su loca temeridad. Es fácil por consiguiente figurarse la sorpresa de Colon y el terror de sus compañeros, cuando advirtieron que la aguja de la brújula, en vez de indicar directamente la estrella polar, se inclinaba un grado entero hácia el Oeste.

¿Cuál era la causa de este fenómeno desconocido hasta entonces á Colon y á los demás navegantes?

La ciencia consultada hace muchos siglos, todavía no ha podido responder satisfactoriamente á esta pregunta; aunque la declinacion se haya observado muchas veces, y aun anotado exactamente los parajes en que se efectúa. ¡Cuántos mas secretos hay en la naturaleza que el hombre no ha podido todavía penetrar!

La consternacion mas profunda reinaba entre los compañeros de Colon, que se estremecian al volver su vista al espacio que habian recorrido; espacio que les parecia inmenso; aunque el almirante habia tenido cuidado de disminuirse lo menos en una tercera parte, engañándolos con un cómputo falso; pero la declinacion de la brújula era la principal causa de su espanto, puesto que anunciaba una revolucion en el órden de los elementos y en las leyes de la naturaleza.

—¿Qué va á ser de nosotros, exclamaban afligidos, cuando la aguja de marear, nuestro único guia, nos abandona?

Colon, cuyo fecundo ingenio para todo hallaba salida, explicaba á sus compañeros aquel fenómeno de un modo que les satisfaciese y no perdiesen sus esperanzas, cuando se notó de improviso que las embarcaciones caminaban sin cesar empujadas en línea recta hácia el Oeste, lo que fué un nuevo motivo de espanto. Como ignoraban la accion é influencia de los vientos llamados alisios, que reinan constantemente entre los trópicos de Este á Oeste, se inquietaban con fundamento, creyéndose separa-